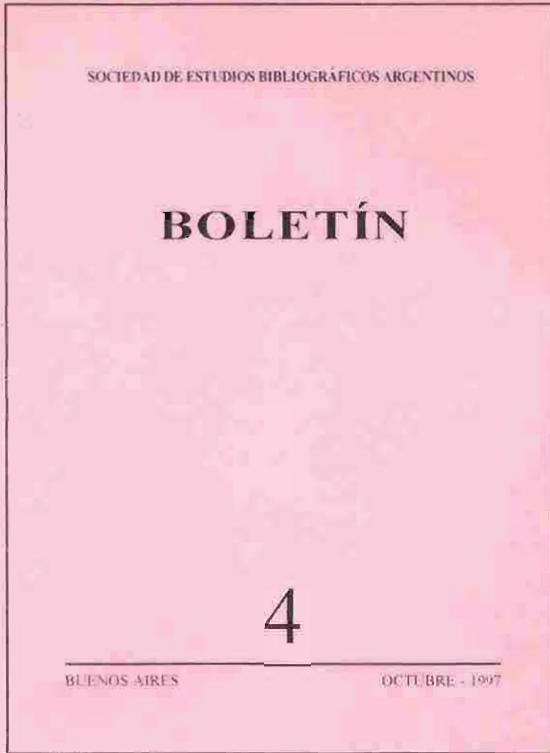


LAT  
1445

# ELOGIO DEL BIBLIÓGRAFO

ALEJANDRO E. PARADA

SEPARATA



**SOCIEDAD DE ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS ARGENTINOS**

BUENOS AIRES

OCTUBRE - 1997

INFOBILA

# ELOGIO DEL BIBLIÓGRAFO

ALEJANDRO E. PARADA

## I

El elogio consiste en el enaltecimiento de una persona o cosa. Su etimología es algo confusa, pues en un primer momento se pensó que derivaba del vocablo latino *elogium* (inscripción tumular). Pero todo hace pensar que proviene de la voz griega *eu-logia*, que significa alabanza, bendición. En realidad, el elogio es una variación del género oratorio, y cuenta en su haber con una larga historia. En la antigüedad se cultivó de muy diversas maneras, pero fundamentalmente para exaltar las virtudes de los hombres ilustres en sus exequias. No obstante, es un género «menor» con una amplia variedad temática. Basta recordar que Luciano elogió las moscas, y ya en los albores de los tiempos modernos Erasmo realizó el encomio de la locura. Entre nosotros, en 1915, Leopoldo Lugones esbozó con su pulida prosa el panegírico de Ameghino; y recientemente, cuando parecía una forma ya extinguida, lo resucitó Marcos Aguinis con el elogio de la culpa.

Así, pues, si se han realizado alabanzas tan dispares podemos plantearnos la pregunta siguiente: ¿es posible presentar el elogio del bibliógrafo?

Los párrafos presentes intentan encomiar y ensalzar su persona, y demostrar que la tarea emprendida por el bibliógrafo debe ser expuesta bajo la forma de un cálido y fervoroso elogio.

## II

H. Stevens al referirse a la bibliografía nos brinda la imagen que muchos poseen del bibliógrafo, en cierta forma exagerada e injusta, al sostener que es «un mero mulo o caballo de carga, u otra paciente bestia de carga condenada a trabajar en provecho de otras artes y ciencias»<sup>1</sup>. No obstante,

<sup>1</sup> Citado por: Abovade, Hunpe. *El bibliotecario como bibliógrafo*. (Boletín de la Unesco para las Bibliotecas, París, v. 25, n° 6, nov.-dic. 1971, p. 363)



te, dichas palabras no se encuentran exentas de verdad, y demuestran, por otra parte, la trágica realidad con la cual debe enfrentarse el bibliógrafo en su quehacer cotidiano.

Ante esta situación, en elogio y defensa del bibliógrafo, importa destacar que lleva a cabo una actividad imperceptible, casi doméstica, de afanes laboriosos y perseverantes. Su arte se parece al generoso oficio del albañil, pues mientras éste acumula ladrillo tras ladrillo, aquél acopia amorosamente una cita o un asiento bibliográfico en pos de otro. Construye, entonces, bajo el amparo de una belleza desconocida para la mayoría de la gente.

Ahora bien, cómo se presenta y qué modalidades toma esa belleza íntima y recoleta? Es necesario, pues, espigar poco a poco sus modalidades y características principales.

El bibliógrafo es un ser aparentemente frágil. Depende en todo de la buena voluntad de quien menciona sus trabajos, y además, tal como se expresa en el editorial de nuestro *Boletín* anterior: «*El bibliógrafo nada espera de gratificación y le basta la satisfacción de brindar información a otros. Se complace en la sola búsqueda del dato, el placer de encontrarlo y de brindarlo al ignorado destinatario final. Se trata de una tarea altamente generosa*». <sup>2</sup> Muchas veces la ingratitud y la desidia, otras la ignorancia y el olvido, hacen que su labor pase desapercibida o sea tomada como oficio menor. Sabido es que todo trabajo serio de investigación comienza por una consulta bibliográfica, por una compulsión detenida y sistemática de la literatura existente sobre el tópico estudiado. Sin embargo, en muy contadas ocasiones se mencionan las bibliografías e índices que se han tomado en cuenta para recopilar el material que ha dado vida y sustento intelectual a la contribución. La fragilidad del bibliógrafo hace que lo tomen como un instrumento, como una herramienta imprescindible aunque descartable luego de cumplir su función.

De este modo, nos hallamos frente a una deshumanización de su persona y, en un contexto más amplio, ante el menoscabo de su arte. Pero esta aparente ausencia oculta su clamorosa presencia. Todo investigador sabe que sin una bibliografía de base la etapa de heurística se encuentra incompleta, y que a consecuencia de ello la investigación emprendida corre serios riesgos de naufragar.

Reinaldo José Suárez ha señalado claramente esta situación con las palabras siguientes: «*Modesta es la ciencia bibliográfica, pero necesaria e im-*

<sup>2</sup> Trenti Rocamora, José Luis. *Comentario al cumplir un año*. (Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, n° 3, abril 1997, p. 10)

*prescindible como auxiliar de la investigación científica. Es posible que para algunos pobres de espíritu sea la bibliografía la menos científica de las ciencias y las menos artística de las artes y la menos técnica de las técnicas; pero ello se debe a la incomprensión de quienes no saben que ella es la base, a lo menos material, de todas las ciencias, artes y técnicas [...]*<sup>3</sup>.

El bibliógrafo posee, en este sentido, un don bíblico, pues en el comienzo de un trabajo está él, palpitante y callado, y no la palabra. Es el espíritu oculto y benefactor que da comienzo a toda investigación.

Empero aquí se presenta un punto débil con relación a su forma de ser: la personalidad del bibliógrafo es dependiente por naturaleza, y lo que hemos dado en llamar fragilidad puede definirse también como falta de carácter. El bibliógrafo, pues, se apoya en los otros para desarrollar su existencia. Si no es reconocida su labor, si no se lo cita al finalizar una obra, declina morosamente y desaparece. Su vida se encuentra en las manos de aquel que lo utilizó.

Esta precariedad también puede interpretarse como un mérito, ya que las cosas necesitan, en muchas ocasiones, de una doble lectura. De esta suerte, el bibliógrafo, debido a la conciencia de su tarea, ocultaría una fuerte personalidad bajo la apariencia de la debilidad. En realidad, es tal el peso que siente ante la posibilidad que su actividad sea el principio generador del trabajo de otros, que decide opacar y ocultar su arte. Y ahora, en este nuevo matiz, acaso el bibliógrafo tenga algo del actor, ya que la mimesis es el refugio reparador de su modestia.

Estamos, pues, ante un fenómeno complejo: sabemos que su vida depende de los otros, es decir, que la otredad, tan cara a la literatura, es una de las armas del bibliógrafo; además sospechamos de su notable capacidad biológica para sustraer y restar aspectos de su personalidad; también intuimos la labor actoral que despliega para ocultar su humildad, pero ignoramos por qué lleva a cabo esta representación, por qué hace lo que hace y no otra cosa.

Hay algo en su quehacer, entonces, de misterioso, de dimensión sacralizada. El bibliógrafo quizá sólo así puede desarrollarse, ya que en esta aparente contradicción yace su esencia: el darse plenamente -y sin esperar recompensa alguna- a los demás. Su desinterés personal, su desapego por la identidad, su necesidad de morar anónimamente en otros, hacen que su actividad sea una empresa propia de la vocación, un llamado interior.

<sup>3</sup> Suárez, Reinaldo José. *Naturaleza y esencia de la bibliografía*. (Documentación bibliotecológica, Bahía Blanca, n° 6, 1976, p. 28)

Otra característica del bibliógrafo es su capacidad de resurrección, su voluntad para generar el renacimiento allí donde los recursos bibliográficos yacen como muertos en los anaqueles.

Los libros y las revistas, al igual que los seres vivos, tarde o temprano caen en desuso, cumplen su ciclo de vida y dejan de interesar a los lectores. Los estantes de las bibliotecas están llenos de publicaciones periódicas de las que ya pocos recuerdan su nombre. El bibliógrafo es el demiurgo que les dará la existencia nuevamente. Recorrerá detenidamente sus páginas y tomará notas prolijas y detalladas sobre los autores, títulos, ilustraciones y páginas; numerará los registros y confeccionará los distintos índices; y en poco tiempo, luego de una afanosa labor, la revista que era todo pasado y olvido, reaparece ahora lozana y pletórica de información. Los artículos juveniles cuya existencia se ignoraba de autores hoy consagrados, pasan a ser objeto de estudio y análisis gracias a su tarea. Los bibliógrafos argentinos han trabajado denodadamente en la compilación de índices de publicaciones periódicas, y gracias a ellos es posible consultar, con rapidez y deleite, muchas revistas de difícil localización<sup>4</sup>.

A propósito de este asunto, Guillermo de Torre, en su encantador *Elogio de las revistas*, dice: «*Me interesan, me han interesado siempre las revistas, periódicos y demás especies foliularias publicadas por los jóvenes escritores. En ocasiones, las prefiero a los libros de esos mismos bisoños. Son más atractivas, pródigas y reveladoras. Tienen las revistas de dicha índole el encanto de lo fragante e inmaduro. Frente al destino egoísta de cada libro, poseen la supremacía de su condición plural y generosa, como fruto que son de un grupo, de un esfuerzo colectivo*»<sup>5</sup>.

Sin embargo, ya es hora de apartarse y el bibliógrafo deja su obra librada a los lectores y estudiosos, y emprende, nuevamente, la resurrección anónima de otra publicación.

Pero en la biblioteca también se encuentra otro personaje que en muchas ocasiones se manifiesta como bibliógrafo o que sin realizar las tareas propias de esta disciplina es el alma misma de la colección, nos referimos, pues, al bibliotecario. Ambos, bibliógrafo y bibliotecario, son los encargados de convertir en realidad una deliciosa expresión de Gabriela Mistral:

<sup>4</sup> Para un detalle de dichos índices, consúltese: Ardissonne, Elena. *Avance: bibliografía de índices de publicaciones periódicas argentinas*. (Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, Buenos Aires, n° 2:[49]-60, oct. 1996)

<sup>5</sup> Torre, Guillermo de. *Elogio de las revistas* (En: Buonocore, Domingo. *El mundo de los libros*. Santa Fe: Castellví, 1955, p. 59)

«Una biblioteca es un vivero de plantas frutales. Cuando bien se la escoge, cada una de ellas se vuelve un verdadero 'árbol de vida' adonde todos vienen para aprender a sazonar y a consumir su bien»<sup>6</sup>.

En este sentido poético -y no obstante perentoriamente real- los bibliotecarios y bibliógrafos son los jardineros de estos vergeles de frutas que llamamos bibliotecas. Sin ellos, nada de lo impreso nos sería tan holgadamente dado y todo se convertiría en desorden caótico y caprichoso. Al orden y al servicio amable y dinámico del bibliotecario bien se acomoda el trabajo de escardador del bibliógrafo. Ambos son aliados y complementarios y poseen un objetivo final en común: servir a los demás. Uno organiza la información para el uso pleno de los lectores, y el otro, hurgando con su azada prepara el fértil terreno para los investigadores. Y en muchas ocasiones, para nuestro regocijo íntimo, bibliotecario y bibliógrafo son uno y la misma persona.

Es necesario además reparar en otra de las cualidades del bibliógrafo: sabe escuchar el diálogo silencioso que emiten, en las sombras, los libros y las revistas. Gracias a esa comunicación silente y medrosa logra plasmar su rol de verdadero arqueólogo del mundo impreso. Su oficio arqueológico tiene mucho de la capacidad de alumbrar, de dar nueva luz a una vieja publicación enterrada por el polvo del olvido.

Sin embargo, lo significativamente importante es su voluntad inquebrantable de admitir lo contrario, de aceptar sin cortapisas alguna las más disímiles opiniones. Cuando asienta registro tras registro el paraíso de la libertad absoluta es un hecho. Nada más lejos de su quehacer que la censura o la objeción rotunda contra una reflexión ajena a su pensamiento. La intención de un bibliógrafo es incorporar a sus trabajos todo aquello que se ha publicado sobre el tema por él estudiado. El bibliógrafo, pues, es además un militante convencido de la libertad y la tolerancia.

La generosidad del bibliógrafo y su inquieto trajín por dar al estudioso el dato que éste necesita para completar un trabajo, sin exigir nada a cambio, importa una dosis poco habitual de altruismo. Una actitud de desprendimiento similar a la del amante. Ese darse por nada lo emparenta inequívocamente con el amor platónico.

Joan Maragall en su libro sobre los *Elogios*, al comentar la gracia, sostiene: «Pues para ser gracioso es menester saberse y olvidarse, porque no

<sup>6</sup> Mistral, Gabriela. *Qué es una biblioteca?* (En su: *Páginas en prosa*; selcc., pról. y not. José Pereira Rodríguez. Buenos Aires: Kapelusz, 1962, p. 95)

*es la gracia una absoluta inconsciencia: es un saberse y no saberse que no sé como decirlo. Ved a un niño que se entretiene: él bien sabe lo que hace, pero, por la misma atención que pone en el hacer, queda de tal modo absorto en su objeto que casi se hace uno con él y olvida todo lo demás: es decir, que ama al objeto»<sup>7</sup>.*

El bibliógrafo es así, quiere confundirse con pasión en su obra, «*se hace uno con ella*», ya que se encuentra tocado por el don imperceptible de la gracia.

El elogio de su arte además se encuentra mercedamente justificado en los conceptos siguientes de la profesora Josefa E. Sabor: «*La bibliografía es, como la enciclopedia, una de las más importantes obras de referencia de tipo general. En cuanto a las especialidades, suele ser la fuente de información de mayor valor, no pudiendo competir con ella, en el campo de la documentación, ninguna otra*»<sup>8</sup>.

El bibliógrafo, en tanto hacedor de una de las principales obras de consulta, las bibliografías, se encuentra íntimamente vinculado con la noción de tiempo. Es más, gracias a su labor de compilador y crítico, economiza cuidadosamente el tiempo de otros; ya que su laborioso ajetrear entre los asientos y los registros bibliográficos es una actividad que permite saber si un tema, por más insignificante que sea, ha sido estudiado con anterioridad. El bibliógrafo, en esta nueva característica de su polifacética personalidad, se relaciona, entonces, con la filosofía, pues el tiempo es uno de los entes que más condiciona la vida de los hombres. El prever y atesorar el tiempo para que los demás no reincidan sobre un tópico ya estudiado, es, indudablemente, una de sus principales funciones. El bibliógrafo, de esta manera, es la brújula que determinará el derrotero y la travesía final de una investigación.

No obstante, aún en el presente elogio, todo no es motivo de alabanza. Los bibliógrafos son seres humanos y, por lo tanto, imperfectos. Poseen una enfermedad cruel y maniaca: el culto exagerado y puntilloso al detallismo. Existe, debido a esta debilidad congénita, una gran cantidad de bibliógrafos frustrados. La perfección obstinada y obsesiva en elaborar un asiento hasta el mínimo detalle, o de completar un listado sobre un asunto determinado hasta agotar todo lo publicado y aún lo inédito, lo

<sup>7</sup> Maragall, J. *Elogios*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1950, p. 137

<sup>8</sup> Sabor, Josefa Emilia. *Manual de fuentes de información*, 3.ª ed. corr y aum. Buenos Aires: Marymar, 1978, p. [130]



lleva, en muchas oportunidades, al fracaso de su trabajo, a una especie de letargo improductivo. Los bibliógrafos que han padecido esta enfermedad, luego de una larga convalecencia, encuentran el remedio reparador en las palabras siguientes: «*la excelencia ideal es enemiga de lo útil*». Máxima que presenta inequívocamente la necesidad de concretar, en un determinado momento, aquello que se trae entre manos. La superación de este obstáculo, con seriedad y erudición, es uno de los momentos fundamentales de la obra del bibliógrafo.

Otro problema que aqueja a la comunidad de los bibliógrafos, al igual que en otras actividades, es la desleal competencia. Existe también, lamentablemente, una especie de compilador superficial, que denominaremos, para su inequívoca identificación, bibliógrafo improvisado. Este personaje trabaja sin normas ni métodos algunos; elabora índices onomásticos sin normalizar escrupulosamente los nombres; confecciona las entradas temáticas sin atenerse a ninguna clasificación coherente y reconocida; redacta los registros sin ver ni cotejar las fuentes originales; asienta los documentos ya de una manera y ya de otra, sin seguir una metodología descriptiva; etc. En otras ocasiones, lindando con la falta de ética, toma prestadas otras bibliografías de envergadura y las demenuza en trabajos menores que cita como de su autoría. Contra este tipo de individuo que piensa que la bibliografía es producto de la espontaneidad, se antepone, en su genuina expresión, el verdadero bibliógrafo: metódico, humilde, trabajador, honesto, servicial.

La labor llevada a cabo por el bibliógrafo también incluye un aspecto práctico y económico: su trabajo redundará en beneficio del comercio del libro y de las revistas. El mercado librero y revisteril necesita para su difusión de la propaganda, a través del comentario bibliográfico, que realiza el bibliógrafo en los distintos medios de divulgación masiva. Su oficio, por lo tanto, no es todo romanticismo y espíritu desinteresado. El bibliógrafo maneja una dialéctica idealista y pragmática al mismo tiempo. Sabe que la circulación mercantil de lo impreso es en beneficio, en definitiva, de aquello que él hace. El bibliógrafo, pues, es una persona que conoce la realidad en la cual se desenvuelve.

Esta situación, por otra parte, lo coloca en una posición inmejorable para comprender su papel social. El bibliógrafo, al igual que otros agentes sociales, tiene una misión que cumplir: apoyar incondicionadamente al bienestar de la gente y ayudar a la movilización de los individuos dentro de la sociedad. Al igual que el bibliotecario su tarea se justifica plenamente en el ámbito de la ciencias sociales.



Pero el arte del bibliógrafo estaría inconcluso si no evocáramos, al finalizar, las palabras de Roberto Juarroz, bibliotecario y poeta, y traductor al español de *La bibliografía* de Louise Noëlle Malcès, al decir en un luminoso fragmento vertical de su obra: «*Hemos aprendido a escribir sobre todas las superficies, hasta sobre el agua. Pero no hemos aprendido a escribir encima del silencio, quizá porque no sabemos escribir con el silencio*»<sup>9</sup>.

El bibliógrafo, humildemente, se aproxima con recato a este pensamiento: ha aprendido a trabajar a lo largo de los siglos sobre todas las superficies; y en su modestia y dedicación laboriosa, intenta, a su modo, escribir con y encima del silencio para que los documentos, fundamentalmente los libros y las revistas, sean patrimonio de todos los hombres.

<sup>9</sup> Juarroz, Roberto. *Decimocuarta poesía vertical : fragmentos verticales*. Buenos Aires: Emecé, 1997, p. 244

# SOCIEDAD DE ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS ARGENTINOS

## SERIE "ESTUDIOS"

- Nº 1 - JOSÉ LUIS TRENTI ROCAMORA: *Índice general y estudio de la Revista "Martín Fierro". Buenos Aires (1924-1927)*. 256 p.
- Nº 2 - NÉLIDA SALVADOR y ELENA ARDISSONE: *Índice de la Revista "Letras de Buenos Aires". (1980-1995)*. 112 p.
- Nº 3 - NÉSTOR TOMÁS AUZA y JOSÉ LUIS TRENTI ROCAMORA: *Estudio e índice de la Colección "La Cultura Argentina". (1915- 1925)*. 128 p.
- Nº 4 - LAURA PÉREZ DIATTO y RAÚL ESCANDAR: *Índice del "Anuario" de la Sociedad de Historia Argentina. Buenos Aires (1939-1945)*. 80 p.
- Nº 5 - LUIS RICARDO FURLAN: *Índice del "Suplemento de Letras, Artes y Ciencias" del Diario "Mayoría". Buenos Aires (1974-1976)*. 128 p.

## SERIE "PRESENCIAS AMERICANAS"

- Nº 1 - José Luis Trenti Rocamora: *Presencia uruguaya en la Revista "Martín Fierro". Buenos Aires (1924-1927)*.

## "BOLETÍN"

- Nº 1 - Abril de 1996. 144 p.
- Nº 2 - Octubre de 1996. 160 p.
- Nº 3 - Abril de 1997. 192 p.
- Nº 4 - Octubre de 1997. 192 p.
- Nº 5 - Aparecerá el 1º de Abril de 1998.

---

## SOCIEDAD DE ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS ARGENTINOS

Director: José Luis Trenti Rocamora

Correspondencia: Casilla de Correo 281 - Suc. 12 B (1412)

Teléfonos: 961-0102 y 470-6994 - Fax: (01)-962-9115  
Tucumán 2430, PB. 15 - Buenos Aires - Argentina

---

Edición, impresión y distribución por "Ediciones Dunken"

M.T. de Alvear 2337 - (1122) Buenos Aires

Tel.: 826-0148 Fax: 826-0141